



de propietarios, o sea, una categoría de posesión en el espacio como el tradicionalismo, y más que el nuestro o que el de Francia, el inglés es una doctrina de herederos, o sea, una categoría de posesión en el tiempo. La propiedad es herencia; estos son los conceptos milenarios que se resquebrajan allí donde la autoridad inscribe con sangre casi litúrgicamente en la tabla misma de los derechos del hombre, esta «vox Dei»: «Estado». Se resquebrajan, sí, y ante la lucha de clases, por ejemplo, el liberalismo se ha quebrado como una caña. ¿Es que nos urgía entonces ser como los moralistas de los siglos de oro, primero fuertes y después más fuertes aún? Déjesenos imaginar que don Francisco Gómez de Quevedo y Villegas presentía que en los torneos del mundo, más que torneos, dentelladas, el retorno a la fortaleza es un deber.

Los novelistas de la gran especie son aquellos que descubren que la creación es prodigiosa y que no hay ni

ser ni cosa por la que no pase un nervio divino.

Pues un moralista de nuestro siglo de oro aspire a ser de los de gran linaje, cuida ante todo de redescubrir la grandeza. En Quevedo, contorcido a veces por complacencias que nos disgustan el culto a la grandeza, no conoce cuarto menguante.

En «Política de Dios y gobierno de Cristo», osa la advertencia a Pontífices y a emperadores. «A vuestro cuidado, no a vuestro albedrío, encomendó las gentes Dios Nuestro Señor y en los Estados, Reinos y Monarquías os dió trabajo y afán honroso, no vanidad ni descanso. El que os encomendó los pueblos os ha de tomar cuenta dellos, si os hacéis dueños con resabios de lobos. Si os puso por padres y os introducís en señores, lo que pudo ser oficio y mérito hacéis culpa y vuestra dignidad es vuestro crimen».

En el «Marco Bruto», que ennoblece los juicios que acerca de tal varón nos dejaron Cicerón y Séneca y Cornelio Tácito (los de Dante, el gran Gíbelino, en el Canto XXXIV del Infierno, son puras imprecaciones), hemos leído y releído:

«Aquí se conoce cuán flaco de memoria es el pecado: tiene César en su mano su vida y la olvidó; tiene en la ajena la muerte y la busca. En nuestra mano nada se logra: en la de Dios, nada se pierde. Pocas veces son dichosos los avisos saludables en poder de los tiranos. No es nuevo en ellos tomar el buen advertimiento para olvidarle, ni poco antiguo perderse por haberle olvidado. Canas tiene el divertir a los príncipes para que no lea lo que les importa; faltóle tiempo a César para leer y faltóle la vida por no haber leído. Justo es que quien difiere a otro tiempo su remedio, no alcance remedio ni tiempo.»

Este es el idioma también de otros tratados o simplemente libros políticos, como la «Visita y anatomía del cardenal Armando de Richelieu», o la «Carta a Luis XIII», o «La hora de todos».

¿Que se apoya en clásicos y en Padres de la Iglesia? Pues sí, y en los humanistas del Renacimiento, en los que reconstruye pasiones propias y la experiencia de que está surcado. En su traslado del soneto de Joaquín de Bellay a Roma, que es más bien una refundición, hay

una queja que ha quedado en las versiones o imitaciones que del soneto hicieron el palermitano Vitalis, el oriental Szarzynski y el inglés Edmundo Spencer. Mas en Quevedo, la frase que toma a Du Bellay se contuerce con ansiedad quevedesca. El verso «Limadas del tiempo las medallas» o el otro y «Tumba de sí mismo el Palatino», incanjeablemente quevedescos son. Los tres últimos, también:

*¡Oh, Roma! en tu grandeza, en tu hermosura
huyó lo que era firme y solamente
lo fugitivo permanece y dura.*

Releamos aquí el epitafio del sepulcro de don Pedro Girón, duque de Osuna, muerto en la cárcel.

En el cuarto de los sonetos que Quevedo talla en materia resistente —granito o diorita negra— en memoria del que era, antes de caer, virrey y capitán general de las dos Sicilias: